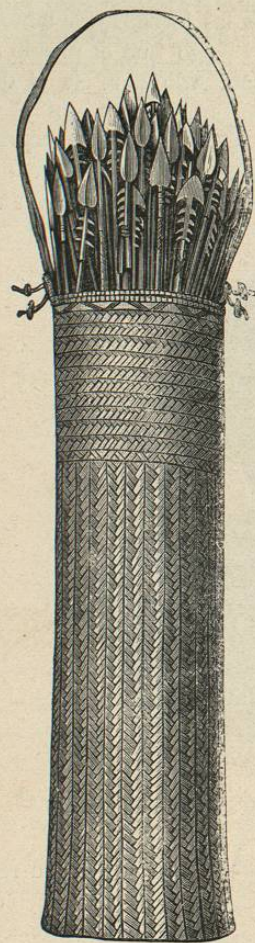


una manera exagerada para servir de sostén á un vientre abultado que, como se veía en Adimoku, daba aún á los individuos ya entrados en años el aspecto de niños egipcios. En armonía con esta última particularidad, presentan los akkas una desviación marcadamente cóncava en el contorno trasero del cuerpo: esto es, quizás, una consecuencia de la gran movilidad de las vértebras lumbares en esta raza, las cuales aparecen influidas por el movimiento de avance que ha de hacer el centro de gravedad cada vez que se llena el estómago.



Carcaj y flechas de los akkas (Museo etnográfico de Viena).

Después de Schweinfurth, vieron también seres enanos en aquellas regiones Long, Felkin y Emin Bei: este último es el que nos hace de ellos la descripción más minuciosa. Long encontró una mujer akka en un seribe del territorio de Makaraka: tenía 25 años, era gruesa, pero su estatura apenas alcanzaba á cuatro pies ingleses; sus ojos eran grandes, su nariz chata, y su piel de color cobrizo claro. Hablaba un poco el árabe y habiendo sido interrogada refirió que Gongo era el rey de los tikki-tikki, tribu muy numerosa, y que ésta pagaba al rey Munsa un tributo en marfil y en esclavos; añadió que, por lo general, las gentes de su pueblo eran mucho más pequeñas que ella, y que las mujeres acompañaban constantemente á los hombres, así en las luchas con las tribus vecinas, como en la caza de los elefantes; dijo que su pueblo tenía más fuerza que los dongolawis y que los mismos soldados que acompañaban á Long. Preguntada por qué su pueblo se entregaba á la antropofagia, contestó que esto sólo sucedía cuando escaseaba la carne ó cuando la naturaleza exigía un cambio en el régimen usual de las bananas. Mientras que estas contestaciones tienen cierta vaguedad, que les quita gran parte de su valor, opina Felkin que el enano que él vió no debió ser un akka (tikki-tikki): esto no obstante continuamos su descripción. Vió éste en la estación Rohl á un hombre que, al parecer, pertenecía á una tribu enana. Pero no creo, dice, que fuera un tikki-tikki, pues no se ajustaba á la descripción que de esta tribu hace Schweinfurth. Tenía unos 30 años, su cabello crespo era de un negro brillante, sus ojos eran pardos, sus labios finos y tenía un buen ángulo facial; su estatura era de 1'364 metros, la medida circular de la cabeza, por encima de las orejas, de 549 milímetros y la del pecho de 768. El cuerpo era bien proporcionado y los músculos perfectamente desarrollados; su piel tenía un color de chocolate, algo más claro en las manos y en los pies. Tenía buena presencia y parecía juicioso é inteligente. Su patria estaba situada, como él decía, á muchas á muchas jornadas de aquí. Toda la tribu tenía el mismo tamaño que él y habitaba en una montaña, cuya cima siempre se veía blanca. Los hombres de su tribu empleaban para los combates una especie

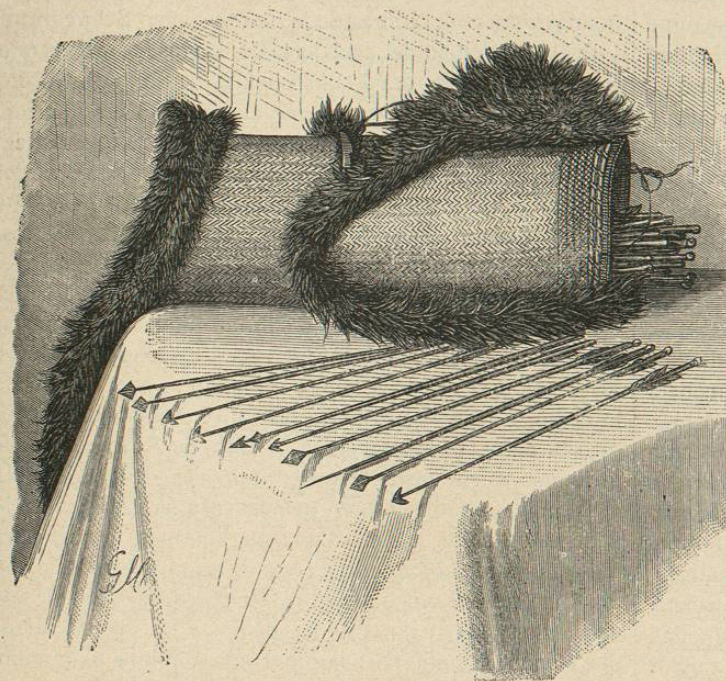
de lanzas ligeras con las cuales sabían herir desde lejos á sus enemigos.

Más concretas son las noticias suministradas por Emiu Bei, quien en 1882 vió á los akkas; su descripción confirma lo esencial de la de Schweinfurth. Dice que el color varía desde el amarillo claro al rojo, y se fija especialmente en las muchas arrugas de su piel, que aparecen principalmente en el ángulo del ojo y que contribuye á darles desde jóvenes el aspecto de viejos y á imprimir en su rostro cierta expresión llorona. Encuentra abundante el pelo que cubre todo su cuerpo, y lo califica de espeso, rígido y casi afelpado: sus mediciones arrojan como resultado en un hombre de 24 á 25 años una estatura de 1'24 metros; en uno de 35, 1'36, y en una muchacha de 14, nacida de un cruzamiento de akka y mombuttú, 1'40. Por último, encuentra en ellos marcado extraordinariamente el mal olor que despiden la piel.

De todas las descripciones de los pueblos enanos del interior de África se desprende que sus usos y costumbres tienen muchos puntos de contacto con los de sus vecinos: así por ejemplo, los obongos hablan, como hemos visto, el idioma de los aschangos y de éstos reciben sus vestidos. De la misma manera, los akkas han aceptado muchas palabras de los mombuttús, y se visten, adornan y bailan de una manera análoga á sus señores. Únicamente sus viviendas, que se reducen á frágiles cabañas para los casados y á simples coberturas para los solteros, difieren de las de éstos, lo cual armoniza perfectamente con la vida errante. Esta diferencia la encontramos en todos aquellos pueblos. Schweinfurth no se atreve á afirmar si la circuncisión, que según le aseguraron era practicada por los akkas, constituye una costumbre indígena ó si es simplemente una imitación de la de los mombuttús que observaron los akkas residentes en Munsa. Pero dado que la intimidad entre ambos pueblos es tanta que hasta llegan á mezclarse («también se encuentran individuos mayores, y cada vez que procuré averiguar las causas de esta diferencia supe que era resultado de una mezcla con los mombuttús entre los cuales vivían»), es cosa muy natural que los akkas aceptaran cada vez más las costumbres mombuttús. Pero donde quiera que tales pueblos se presenten, siempre poseen una particularidad que basta por sí sola para dar á su existencia un tinte característico: en efecto, son pueblos genuina y completamente cazadores, á lo cual hay que conceder una importancia especial siempre que se trate de la situación de los pueblos enanos en el seno de los demás pueblos del África, por ser general en todos ellos. Schweinfurth la cita con énfasis hablando de los akkas, diciendo que en finura y en habilidad astuta y bien calculada son muy superiores á los mombuttús, constituyendo un pueblo cazador *por excelencia*. Esta astucia, sin embargo, no es más que la expresión de un impulso natural arraigado en su modo de ser interno que se satisface con crueldades. Nsewne encontraba un placer especial en lanzar de noche sus flechas contra los perros, y se entretenía también en martirizar á los animales. Emin Bei hace notar la sed de venganza que les caracteriza y que se excita cuando sus señores los mombuttús no les dan lo que ellos creen que les es debido. Un pueblo cazador de esta índole se distingue naturalmente por una inventiva diabólica para preparar trampas y para tender lazos á las fieras. Esto entra también por mucho en su carácter hurraño.

Las flechas y el arco son las armas de los pueblos enanos; rara vez agregan á ellas la lanza. Las flechas de los akkas tienen el asta de madera y forman en su parte inferior una muesca, estando á menudo sujetas con hierros: sus puntas son anchas, y están provistas de canales de sangre y en la mayoría de los casos de garfios. Sus carcajs es-

tán sencillamente tejidos con cañas y tienen la forma de sacos, colgándose por medio de una corta tira de cuero. Así las flechas como los carcajs están perfectamente elaborados; aquéllas, sin embargo, apenas se diferencian de las flechas de algunos pueblos negros. El carcaj es mejor que el que poseen muchos negros de este territorio y parece haber sentido la influencia de los mombuttús, hábiles en



Carcajs y flechas de los akkas (Colección de Robert W. Felkin)

materia de tejidos. ¿No cabe en vista de esto, suponer que los señores de estos pueblos cazadores les dan sus mejores flechas ó se las mandan hacer para ellos, á fin de que éstos puedan con más facilidad recoger el botín que á aquéllos pertenece? De no ser así, lo probable es que las adquieran junto con los productos agrícolas de los mombuttús, á cambio de su botín de caza.

Si resumimos lo que como consecuencia más general de todos estos hechos se desprende, se verá claramente que estos pueblos, abarcados en conjunto, sólo deben ser considerados como restos dispersos de una población análoga á la de los bosquimanos del Sud de Africa. Además de la semejanza de estatura, y á pesar de los caracteres distintivos borrados á consecuencia de mezclas realmente habidas, encontramos otras cualidades, entre las cuales sobresalen, como resultado casi general de todas las observaciones y de todos los datos recogidos, el color claro de la piel, la vida errante de estos hombres selváticos, la predilección por el arco y la flecha y lo imperfecto de sus viviendas. Es, además, sorprendente que sólo entre los pueblos enanos del territorio del Congo haya podido comprobarse la existencia de un idioma especial. Las relaciones de Stanley y de Pogge-Wissmann están contestes sobre este particular, y sin embargo este es precisamente un punto que necesita especial aclaración. Amén de las muchas semejanzas que entre ambos pueblos existen, la analogía entre el sistema de vida del que nos ocupa y el de los bosquimanos del Sud de Africa no puede ser más completa. Esta analogía la vemos asimismo en los akkas, aunque no de un modo general, en punto á las cualidades corporales. También los bosquimanos ocupan respecto de los beshuanos una situación análoga á la que algunos pueblos enanos tienen con relación á los vecinos negros, puesto que son los cazadores profesionales y privilegiados de su territorio.

Por lo que hace á la propagación geográfica, parece que los akkas con los watwas y con los demás pueblos enanos del Congo y con los babongos, constituyen los eslabones de una larga cadena de pueblos enanos, cuya dispersión, conforme á todos los indicios de una antigua raza, se ha realizado en sentido transversal por el Africa y en la dirección longitudinal del Ecuador. Parece también que en las regiones centrales del Congo estos pueblos formaron una agrupación más numerosa que en ningún otro punto de África. La hipótesis de que los mismos descendían de los bosquimanos pierde con ello una parte de posibilidad, pero no por esto debe ser rechazada *a priori*. Únicamente podemos llamar la atención sobre la antigüedad de las noticias que se refieren á aquel pueblo y á sus residencias: estas últimas han sido designadas ya desde el tiempo de Herodoto en el territorio del alto Nilo y desde Plinio *inter paludes quibus Nilus oriretur*, lo cual es poco favorable á la hipótesis bosquimana. Tal como está planteada hoy la cuestión, sólo de la determinación exacta de la residencia de estos pueblos y del estudio de sus idiomas puede esperarse una verdadera solución del problema que entraña su existencia y de toda la etnografía del Africa. Lo seguro es que como raza no son muy inferiores á los negros, por más que Owen los comparara con el tipo de los pueblos abisinios: en cuanto á su afinidad con los monos, no hay que hablar de ella.

CAPÍTULO VI

GENERALIDADES ACERCA DE LOS NEGROS

«Las cuestiones de los pueblos constituyen el lado interesante del Africa. Todo cuanto se refiera á las costumbres y á los usos, al estado moral, religioso, social y económico de estas razas, es digno de constante observación, de descripción cuidadosa y de minuciosa aclaración.»

R. F. BURTON

El concepto de «negros». *Cualidades corporales*. Fisonomía de los negros. Enfermedades. Deformidades. Fuerza de laboriosidad y prestación de trabajos. — *Espíritu y carácter*. Dificultad de formular un juicio. Mentiras. Codicia. Crueldad. Dotes intelectuales. — *La familia*. Amor filial. Amor paternal. Hombre y mujer. *Patria potestas*. — *La tribu*. Organización patriarcal de la comunidad y de la tribu. Situación del caudillo. Relaciones de las tribus entre sí. Gran influencia de las naturalezas dominadoras importantes. Aspecto exterior del caudillo. El negro como guerrero. — *La religión*. Idea que los negros tienen de Dios. Creencia en los espectros. Usos en los enterramientos. Superstición. Fetichismo. Hechiceros y médicos. — *La cultura material*. Estacionamiento y retroceso. Construcción naval y navegación. Tráfico mercantil y medios de tráfico. Costumbres en los viajes. Agricultura. Ganadería. Industria. Aptitudes artísticas. Cabañas y casas. Densidad de población.

El nombre «negro» encierra originariamente uno de los conceptos más positivos de la etnografía, puesto que con él se designa á los africanos de piel oscura, de cabellos lanosos, de gruesos labios y achatada nariz, siendo uno de los servicios, si no más admirables más sorprendentes, de la erudición crítica el que se aplique únicamente á una pequeña porción del verdadero y antiguo país de los negros, es decir del Africa. En efecto, si admitimos, con Waitz, que los bereberes, los koptos, los abisinios, los gallas, los nubios, los hotentotes, los cafres, los pueblos del Congo y los malgachos no son propiamente negros; si de la categoría de tales excluimos, con Schweinfurth, á los schillukos y á los bongos; resulta que la parte del mundo llamada Africa, casi en toda su periferia, excepción hecha del espacio comprendido entre

el Senegal y el Níger, está habitada por pueblos que no son verdaderamente negros, y que su interior, desde el extremo Sud hasta más allá del Ecuador, sólo contiene pueblos sud-africanos de color claro y los llamados pueblos bantús (los «cafres» de Waitz). Para los negros verdaderamente tales, sólo queda, pues, el territorio relativamente pequeño que se extiende entre el Ecuador y los 20° de latitud Norte, sin llegar a ninguna de estas dos líneas («una lengua de tierra de solos 10 a 12 grados de latitud al Sud de una línea que puede trazarse desde la boca del Senegal hacia el Timbuctu y prolongarse desde allí hasta el país de Sennaar»; Waitz): en este territorio, esa raza de tal suerte reducida hubo de sufrir el empuje de una porción de pueblos de otras razas. El mismo Waitz temía que por esta última razón fuese desechado el concepto que él exponía acerca de los negros. Hacia Latham, el país propiamente de los negros sólo se extiende desde el Senegal hasta el Níger y abarca, además, una parte de Darfur, Kordofan y Sennaar. Si se pregunta qué es lo que justifica estos límites, veremos que, estudiada atentamente la cuestión, desaparece en casi todos los puntos del África para fijarse en esta de una manera incomprensible, aquel tipo extremado y repugnante del negro, que antiguamente la fantasía de los observadores veía en toda el África y que sólo encontramos como marca en las tiendas de tabacos, según juiciosamente observa Livingstone, y del cual dice el misionero Kölle: «Los dibujos publicados en ciertos libros suponiendo ser tipos fundamentales de la fisonomía de los negros, sería por éstos considerado como una caricatura ó todo lo más como una afinidad de tribu, que en punto á belleza estaría de todos modos por debajo de las demás tribus negras.» Se comprende que —según dice Waitz— «sólo aquel tipo repugnante, forma extrema que subsiste después de separar todos los rasgos caucásicos, podría considerarse como el tipo puro y verdadero de la raza negra»; pero no se explica el fundamento de aquella limitación y asentamiento geográficos, pues donde quiera que habitan hombres de color oscuro y de lanosos cabellos, aparece este tipo extremo, y en algunas partes de África y aun de Melanesia mucho más que en aquellos países propiamente negros. Aquí existe simplemente un error de abstracción, que puede enmendarse teniendo en cuenta los hechos que á continuación vamos á exponer.

Por lo que se refiere á ese concepto de negro, que algunos confunden tan por completo, no queremos, digámoslo una vez por todas, ocultar al benévolo lector que sentimos profunda repugnancia, en punto á nombres, hacia todas las formas nuevas y desusadas, y que creemos al propio tiempo obrar en provecho de los que nos lean, dejándonos llevar ahora por esta repugnancia. En consecuencia, adoptamos el antiguo nombre de «negro» en su acepción común que abarca á los africanos de color oscuro y de lanosos cabellos y excluye á los sud-africanos de color claro, y á los africanos del Norte y del Este más blancos y de cabellos rizados ó rígidos; pues la separación entre pueblos más ó menos negros es en este punto tanto menos conveniente, cuanto que no puede ser cuestión de una selección de los «verdaderamente» negros. Para hacer un estudio provechoso del modo de ser de los pueblos africanos es preferible un procedimiento agrupador á un procedimiento separador. Dada «la confusión de pueblos sin ejemplar» del interior del África — como dice Schweinfurth — mejor puede trazarse una imagen fiel de los pueblos naturales haciendo un estudio que no tienda en primer término á una fijación de límites, que procediendo á un análisis cuyo resultado más inmediato sería siempre venir en conocimiento de que es imposible encontrar en un cuerpo los elementos de mezcla cuya cuali-

dad esencial es una movilidad que casi puede llamarse fluidez.

El color de la piel que generalmente ha sido considerado como la cualidad corporal más característica de los negros, es un color moreno subido que sólo examinado superficialmente puede ser tomado por negro. Pueblos verdaderamente negros no los hay y «el lustre azulado» de la piel que tantas veces se ha citado, hablando no sólo de los africanos, sí que también de los melanesios, atribuyéndoles hombres tan conocedores de la materia como Schweinfurth y Buchta al reflejo del azul del cielo. En los individuos que, ora por naturaleza, ora á consecuencia de una mezcla, ofrecen un color más claro, aparece ciertamente un tinte rojo que se transparenta y cuando se presenta de una manera más marcada, recuerda á menudo el color especial de los hotentotes, de los fulbas, de los sandehs y otros. En algunos pueblos prevalecen los tonos de la piel oscuros, en otros los claros. Acerca de la clasificación de los distintos matices entre los cafres del Sudeste, dice G. Fritsch: «Las variantes oscuras del color de la piel no son tan numerosas como las claras, especialmente por lo que toca á los grados extremos: los tintes más intensos que se observan se acercan mucho al negro. Encuétranse entre las tribus algunos individuos negros, pero su presencia en el Sud de África no puede atribuirse á circunstancias determinadas de residencia.»

J. M. Hildebrandt observó que las negras tenían, por lo general, un color más claro que sus hombres, lo cual coincide con la idea de que hasta la piel negra se oscurece con la acción del sol y del aire libre. En todos los individuos de color oscuro, las palmas de las manos y las plantas de los pies tienen un tinte más claro y, como Virchow ha notado, el color del resto del cuerpo no es igual sino que aparece como distribuido en grandes manchas que se confunden unas con otras de una manera desigual y casi imperceptible. Con la muerte, el color se vuelve gris leonado, lo cual sucede también, por vía de excepción, en algunos negros vivos. Después de las comidas, en los grandes calores, en estado de movimiento y en los afectos psíquicos (apuros, rubor), es decir siempre que la sangre afluye más á la red de vasos capilares superficiales, el color de la piel se oscurece, y en los casos contrarios se hace más claro. Durante las enfermedades, cuando la piel pierde su cualidad de brñida y brillante y se marchita, ofrece un color oscuro sucio porque el pigmento se ve empujado á una superficie pequeña. Las membranas, expuestas á la luz, no presentan un bonito tinte rosado, sino un color rojo-grisafeado por la escasa cantidad de pigmento que contienen, color que también se nota en las uñas á consecuencia de la transparencia del lecho de las mismas. El color de la piel en los recién nacidos es casi tan claro como el de los europeos, de tal suerte que Falkenstein tomó por mulatos á los primeros niños negros que vió, hasta que al cabo de algún tiempo fueron tomando un tinte más oscuro, hasta ser completamente «negros» á las seis semanas. Además del color, distínguese la piel de estos pueblos de la de los pueblos de color más claro por su mayor rusticidad. A Gardiner le parecieron sus zulús salamandras, como si sus cuerpos se hubiesen asado al fuego, ó como si sus piés hubiesen apilado leños ardiendo ó sus dedos llevado á la boca las gachas de maíz calientes. La abundante transpiración hace que la piel tenga siempre cierta frescura. El olor especial que despiden los negros es, en más ó menos grado, propio á todos ellos, pero no puede ser definido de una manera concreta y segura por la dificultad de separarlo de pasajeras exhalaciones: Falkenstein lo atribuye á cierta propiedad oleosa del sudor que, con la falta de limpieza, consecuencia de su manera de vivir, desarrolla fácilmente ácidos rancios.

El vello del cuerpo aparece, por regla general, débil y aun aquellas partes del que en otros pueblos aparecen cubiertas de él, como el pecho, el empeine, la pierna, etc., ó están completamente desprovistas de él ó, si lo tienen, es en muy poca cantidad: en el mismo sobaco sólo encontramos un pequeño mechón. Pero también en este concepto existen diferencias entre los negros. A los dinkas, á pesar de lo mucho que hacen para conseguirlo, no les crece el pelo tan largo como á los djurs: Schütt vió á un kioko con una trenza de un pie de largo. En las partes en donde se desarrolla más vigorosamente, como las genitales, en la cara y en la cabeza, siempre se presenta en la forma que le ha valido la calificación de lanoso ó de afeltrado: esta cualidad es un signo característico de los negros más general y más constante que los del color y el esqueleto. El concepto de «lanoso», aplicado al pelo de estos «seres con lanosos cabellos» propiamente dichos, han tratado algunos de determinarlos más concretamente tratándose de los bosquimanos y de los hotentotes. Séanos permitido repetir que, según G. Fritsch, «el arrollamiento del cabello es tan apretado que no permite á éste ser reunido, como la lana de las ovejas, en madejas finas y onduladas; sino que cada cabello toma una dirección especial y sólo se unen entre sí los que están más cercanos y siguen una misma dirección formando trencitas irregulares y afieltradas.» El propio explorador encuentra la palabra «lanoso» no exenta de dificultades, cuando á ella se enlaza involuntariamente la idea de lo fino, cosa que no cabe aplicar al cabello del negro, pues éste, por el contrario, es grueso, rígido y resistente y por ende muy distinto de la verdadera lana. El cráneo está cubierto por el cabello en forma de una espesa almohada que en algunos, como por ejemplo en los cafres del Sud, se hace todavía más espesa, gracias á que se cortan periódica y regularmente toda la cabellera. Cabellos diseminados, lo que podríamos llamar islas ó grupos, los encontramos entre los negros de todas clases, incluso entre los nubios. Dada esta cualidad del cabello, es imposible que éste crezca en forma de melenas; pero también se equivocan los que consideran como estado natural del mismo el de ser parecido al algodón de Levante. Max Buchner califica esta cualidad de producto de la civilización, lo cual parece algo aventurado si se tiene en cuenta que los bosquimanos y hotentotes son excesivamente propensos á ello. Schweinfurth caracteriza á los dinkas como hombres de pelo corto por naturaleza. Pero en el interior del África encontramos bastantes hombres «rizado-velludos», cuyos magníficos vellones motivan los más variados peinados. El pelo de la cara más bien escasea que abunda: la barba sólo presenta mechones aislados: el bigote sólo aparece en los ángulos de la boca y en la misma barba propiamente dicha, que es en donde más vigoroso se presenta el pelo; raras veces alcanza éste una longitud de 5 centímetros. (El ejemplo de una barba de excepcional longitud puede verse en el grabado de la página 12). Según Falkenstein, sólo una tercera parte de los hombres de Loango tiene barba. Esta y el cabello encanece con los años, pero nunca de un modo tan completo como entre los europeos, de suerte que muy rara vez se encuentra un negro con la cabeza blanca. La calvicie es tan rara en este pueblo que Falkenstein no vió ninguna cabeza calva y sólo dos con el pelo claro. Cortarse el pelo hasta parecer calvo es medio que se emplea contra los bichos.

La corpulencia media del negro puede, en general, ser comparada con la nuestra: la de los cafres del Sud ha sido muy exagerada, pero de todas maneras más bien está por encima que por debajo de la estatura media. La primera serie importante de mediciones que en ellos se practicó, se-

gún los principios científicos, es debida á G. Fritsch y comprende 55 hombres completamente desarrollados, en cuya elección «sólo se tuvo en cuenta la configuración del rostro»; de suerte que puede ser considerada de todo punto imparcial con relación á la estatura: el resultado medio fué de 172 centímetros aproximadamente (171'8). Falkenstein obtuvo, entre los negros de Loango, la medida de 165 á 168 y entre las negras, de 150 á 160 centímetros. Las mediciones de los cafres hechas por Weissbach (167-186) y Quetelet (178'9), las de negros del Congo y de Angola por Weissbach (164-172) y las de africanos del Este por Hildebrandt (161'1-168'3 centímetros) fueron hechas en corto número de individuos. La más valiosa de todas las cifras que en este punto se han obtenido es la de 168'1 centímetros que una comisión sanitaria americana obtuvo como promedio de las mediciones practicadas en 2,020 negros puros y normales, y que concuerda con la conseguida por algunos otros observadores. Como consecuencia de la misma, puede afirmarse que el negro es uno de los hombres más altos y que su estatura sólo está sobrepajada por los norte-europeos, los kábilas, los irokesees, los kanakas, los maorís y los patagones. Algunas familias y aun algunas tribus privilegiadas pasan de esta altura; así por ejemplo seis hombres completamente desarrollados pertenecientes á la familia del caudillo de los gaicas, tenían una estatura media de 183 y —exceptuando de la serie un individuo notablemente más pequeño que sólo media 168 — de 186 centímetros. Pero estas son meras excepciones confirmatorias de que estos cafres son los africanos de cuerpo mejor conformado.

Ello, empero, hemos de hacer notar que, como la experiencia nos lo enseña, tenemos cierta tendencia á considerar más corpulentos de lo que en realidad son á los hombres desnudos, y los cafres son precisamente los que van menos vestidos. Además, cuando se trata de los negros, hay que tener en cuenta que, á consecuencia de la inclinación vertical de las paredes del tórax y de la poca prominencia de las caderas, parecen aquellos mucho más esbeltos, lo cual contribuye notablemente á que parezcan mucho más altos. En cuanto á las proporciones, la cabeza es más alta, el cuello más grueso, el pecho y las espaldas menos anchas que entre los europeos; observación común á los dos sexos, de suerte que mirados por detrás es muy difícil distinguir al hombre de la mujer. Por regla general, la estructura de los huesos, especialmente los del cráneo, es más fina: la musculatura es más débil que la un europeo, regularmente desarrollado, especialmente en el pecho, en el antebrazo y en las piernas. El peso medio del negro es mucho menor que el nuestro. La marcada prominencia del vientre es consecuencia no sólo de estar con frecuencia excesivamente repleto, sí que también de la colocación hacia atrás de las piernas, de la dirección hacia adelante de la pelvis y á menudo también de la prematura y marcada encorvadura de los vértebras sacras. Esto explica asimismo el aspecto sumamente largo que ofrece el tronco. Berenger-Féraud hace notar la prodigiosa facilidad con que los joloffes de la Senegambia trabajan en actitud encorvada, levantan objetos del suelo, etc., y encuentra que la posición honda de la pelvis, que es fundamento de ello, aparece marcada de un modo especial en las mujeres. «Un paso más y les sería sumamente fácil andar á gatas.» La monstruosa gordura que hace de la región anal un signo característico de los hotentotes (véase pág. 98), y de la cual tanto se ha hablado, se observa, asimismo, entre algunos negros. Recuérdese la descripción plástica de Schweinfurth: «Aquella imponente parte del cuerpo, cuyo desarrollo hipertrófico ha recibido el nombre técnico de 'steatopyga, se destaca entre las mujeres bongas